

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

Año II

MURCIA.-Lunes 12 de Agosto de 1907

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 295

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

SOBRE LO DE MARRUECOS

Los periódicos franceses no cesan en su tarea de apartarnos del asunto marroquí, como si nuestros soldados y nuestros barcos no supusieran nada dentro de los acuerdos de la Conferencia de Algeciras. Las presunciones que se abrigan, van resultando ciertas, reales completamente. España, en el conflicto, no supone ni significa nada para los franceses, á causa de las imperdonables tonterías cometidas por el jefe del gobierno. Si en vez de abandonarnos éste en brazos de Francia, haciendo lo que desde allí se le decía, obra conforme á razón, el desdén injusto de nuestros vecinos no se conocería ahora, porque no le habríamos dado motivo de envanecimiento. Pero aquí siempre procedemos de manera contraria á como debe ser y por eso no resulta extraño que salgamos con las manos en la cabeza con mucha frecuencia. Lo verdaderamente asombroso sería que, luego de las necesidades que cometen los políticos conservadores, resultásemos gananciosos en algo, por chico y mezquino que fuera.

Hoy, que es cuando más falta hace en Madrid el presidente del Consejo de Ministros, olvidándose de la situación en que estamos y de las obligaciones que pesan sobre él, deja abandonados los negocios públicos y se marcha al extranjero, buscando la satisfacción de grandes recibimientos. Nada importa que la nación se encuentre metida de hoz y de coz en un fregado que nos proporcionará sólo disgustos; esas son cosas que no tienen ninguna importancia para él y que, tarde ó temprano, harán que experimentemos el placer de alguna humillación, tanto más sensible cuanto que será inmotivada. Los españoles, que en materia política tenemos ahora lo que nos merecemos, no podemos protestar de nada ni hacer nada. Para eso sería necesario que dejásemos de ser lo novel eros, es decir, ilusos, que hemos sido siempre y que seguiremos siendo.

La acción común en Marruecos, conforme van las tropas españolas, no conviene de ninguna manera á España. Nosotros ahí no debíamos ir como comparsas, convirtiendo nuestro ejército en algo á modo de una prolongación del francés; nuestra personalidad está marcada y ni por nadie ni por nada debemos olvidarlo. Bien que estemos para la acción común bajo el mando francés; pero que eso se convierta en supeditación humillante no debe consentirse. Cada cual que vaya conforme deba ir; mas que uno quiera beneficiarse á costa del otro, nos resulta muy doloroso. Los tiempos no están para consentir esas cosas, ni nosotros somos tan insignificantes que podamos consentirlas.

Desde el primer día se vienen señalando semejantes anomalías y ciegos serán los que no las conozcan. Los políticos conservadores se olvidan de las mañas de nuestros vecinos, creyéndolos desinteresados, y están contribuyendo á la apropiación de los terrenos seriffianos que necesitan los franceses para construir su famosa línea férrea africana. Dentro de poco, cuando con la pacificación del imperio marroquí se autorice para cruzar los términos de Ujda, Casablanca y Rabat, veremos para qué han servido los hombrades y conoceremos el papel que hemos hecho los españoles.

PLUMAZOS

Ocupaciones nacionales

No sólo los marroquíes se dejan llevar de los malos impulsos contra los extranjeros, á los que reputan sus enemigos de vida y hacienda. También los italianos se encolerizan pensando en lo que pudieran ser si los extranjeros, y al mismo tiempo señores de los «graves» hábitos—láscas curas y frailes—no se hubieran adueñado del reino y de todas las oficinas productivas, del país, llevándoles á un estado por demás miseroso y lamentable. El bendito afán de hacer todas las trastadas posibles sin perjuicio visible en el que las da á luz, tiene allá tantos partidarios como el antievropismo en lo Jaez y los Chaónias, y partidarios que defienden su «arte» con gesto sañudo, si no con agudo puñal ó hachón formidable de sencillo empleo en las iglesias de los arrabales. Sólo que, como se ve, las causas no son las mismas, aunque lo

parezca y á los motivantes de esas cóleras nacionales se les llame extranjeros.

Los italianos quieren recomponer su nacionalidad sobre base algo más sólida y firme que los cantos de iglesia; los marroquíes refocilarse á costa del europeo y con el dinero por ellos reunido. La filosofía, que no presta hoy resignación á nadie, les ha enseñado á ver todas las posibles bienandanzas futuras; á los italianos, en la degollación de todos los marroquíes, en la de todos los que huelan á europeísmo. Una y otra cosa, inspirándoles un alto sentido práctico de vivir les han vuelto osados, temibles; empeñados en llevar á logro sus propósitos no desaprovechan ocasión alguna para jugar las manos en detrimento de las cabezas de los contrarios.

Pero los italianos, artistas por naturaleza—siquiera de nombre—, tienen más disculpas. Ellos, que no transigieron en la época de los Augustos con la ocultación de sexos por vestidos impropios á la persona que quería tapar lo que es indispensable que se tape, quieren acabar ahora con costumbre tan absurda, dando al traste con las causas que la originan. Es otra su mira y objeto principal, pero de ello depende detalle tan principal y razonable como el anticitado. Los hombres—dicen, ó deben decir al menos—, han desuelto tanto en lo ocultado como en lo que oculta su hombría. Una falda, por neyra que sea, no disculpa una ocultación de sexo en el hombre; en la mujer menos mal; para algo se inventó el gracioso recogido de faldas que la permite lucir buenamente casi todas sus redondeces...

¡Llor á los italianos! Ellos matan al revés que los marroquíes, poniendo por delante motivos más agradables que los de noñerías patrióticas.

NAZARIN.

PLAUDITE, CIVES

Como en el Riff

«En todas partes cuecen habas... y en Almería á calderadas... Aquí nos hemos quejado de la policía, por cometer hechos dignos de castigo; pero lo que ocurrió hace días en la Plaza de Toros de Almería, no tiene nombre, porque es bárbaro, bestial, capaz de asustar á los mismos kabileños del Riff.

Por que sí, por capricho de un sargento de policía, estubo á punto de armarse un zipzap de dos mil diablos. Cuando iba á terminar la corrida de Toros, al querer los polizontes cometer una injusticia, el público protestó y entonces el sargento de martras propinó una feroz paliza al chico causa de la ira «sargentil», abofeteando luego á un inspector y amenazando revolver en mano al público.

Hubo sustos, carreras, desmayos, personas lesionadas, de todo; y luego, para final de fiestas, como fué una de las personas que presenciaron el suceso y figuraba como testigo, los polizontes detuvieron á nuestro estimado compañero el director de «El Defensor de Almería», sin causa que justificase la detención y sin orden del juez.

No pararon ahí los desmanes policíacos. También quisieron asaltar la redacción, intentando detener á un empleado de la administración, cosa que no consiguieron; pero en cambio se detuvo á un cajista.

Por todos estos hechos se declaró cesante al sargento la misma noche; pero el caciquismo almeriense, asqueroso y brutal; volvió á reponerlo al siguiente día, apartando del cuerpo sólo al agente que cumpliendo órdenes superiores detuvo al director de «El Defensor».

Estos hechos, que son indignos de una población culta y que deben avergonzar á aquel gobernador, si se halla en situación de avergonzarse, prueban lo que adelantamos teniendo por presidente del Consejo de Ministros á Maura y por Ministro de la Gobernación á nuestro paisano Lacierva.

A la protesta general, unimos la nuestra, por que conocemos las iras policíacas y á autoridades que no tienen condiciones para serlo.

Los detenidos han sido libertados.

Información especial

Secretos que desaparecen

En esta época del modernismo vamos perdiendo todos los secretos profesionales,

y si continuamos así, llegará una época en que lo que hagan nuestras industrias no valga la pena de tenerlo en cuenta. Menos mal, si nos contentamos con ello.

En diferentes fabricaciones podemos ver nuestra inferioridad con las de los antiguos. Nos sentimos orgullosos con nuestros aceros de Toledo, y los ingleses creen que no hay mejor que el de Sheffield; sin embargo, las antiguas hojas de los sarracenos, de hace siglos, partirían en pedazos nuestros sables más fuertes como un cuchillo de palo parte la mantequilla.

Si nos fijamos en una cosa tan sencilla como la tinta de escribir, no tenemos sino coger cartas y manuscritos para convencerlos de su deficiencia. En ese tiempo ha perdido su fuerza, y las letras que un tiempo fueron negras, se nos presentan amarillentas y pálidas, mientras que la tinta de los manuscritos medioevales permanece negra y clara como hace setecientos años.

En materia de dotes, es imposible que comparemos los de nuestros tejidos con los antiguos. Los hermosos y brillantes colores que los orientales supieron dar á sus telas, aquellos azules, rojos y verdes permanentes, no los sabemos dar, y en las tumbas egipcias encontramos trozos de tela teñida hace miles de años con un color y una brillantez que ninguna fábrica de nuestros días es capaz de producir.

En cuestión de arquitectura todo el mundo está convencido de que los antiguos nos superaron y que en nuestros días no somos capaces ni siquiera de llegar á una mala imitación de sus colosales edificios.

Las asombrosas obras de los egipcios, que admiramos extasiados desde el Cairo hasta las cataratas; los monumentos romanos de que tenemos en la Península soberbios ejemplares, hacen pensar á la arquitectura moderna, no solo por lo valiente de su construcción sino por su duración y firmeza, ignorándose aún cómo pudieron construirse, de qué método se valieron para manejar y elevar tan inmensos trozos de piedra y qué componente y proporciones tenía el milagroso mortero que al endurecerse se hacía mas fuerte aún que las piedras unidas.

La falsificación de las piedras preciosas, á pesar de lo adelantada que se encuentra hoy día, no puede compararse con la perfección á que llegaron los franceses en la imitación del brillante.

Nuestros modernísimos adelantos químicos no han podido hacer brillantes que lleguen á engañar al más experto, como los antiguos hechos con la pasta francesa, cuya composición química desconocemos.

Este como otros mil secretos de los antiguos días han desaparecido, y para siempre.

X.

La muerte de Mimi

Voy vagando por las calles
sombrias de un barrio viejo,
y me sigue la fatídica
silueta de un perro negro.

Es tarde... La ciudad duerme
en el nocturno misterio;
mueren las últimas notas
de un violín á lo lejos.

Brilla la luz de una lámpara
tras un balcón entreabierto...
Quizá una novia que sueña
en amoroso desvelo.

Voy vagando por las calles,
con mis negros pensamientos,
quiere evocar dulces cosas
para olvidar... y no puedo.

Que la luz que iluminaba
mis negruras de bohemia,
mi abnegada compañera,
esta horrible tarde ha muerto.

Y allá en la vieja boardilla
duerme su más dulce sueño;
duerme, sin caja de flores,
tendida en un paño negro.

Toda la noche he llorado
junto á aquel querido cuerpo;
y una música muy dulce
llegó á desgarrar mi pecho.

De un alegre hogar en fiesta
eran los plácidos ecos.
¡Qué amargo es saber que hay dicha,
cuando el alma está sufriendo!

Y he salido de la casa
y la he dejado durmiendo.
Sufro mucho... necesito
soñar que solo es un sueño.

EMILIO CARRERA.

Crónica

EL INFÍBULO

Según parece, los maridos de todas las épocas han estado expuestos á los mismos percances, ya que, en compensación, disfrutaron de igual modo. Y, á semejanza de muchos casados de ahora, entre los de antes, unos creyeron no haber más buena fuente de salud que la ignorancia bien administrada; otros juzgaron más útil no darse por advertidos de que Dios lleva muy á mal que se mate á alguien, no siendo por mano del verdugo, y otros, más precavidos, se dieron á buscar la manera de que sus veleidosas amadas no hiciesen injertos subrepticios en el árbol genealógico.

Elo no era fácil. La llamada curiosidad de los placeres del prójimo es, á las veces, harto agradable para que la virtud de la privación se anteponga á lo que por no ser virtud es mas gustoso y atractivo. Sobre que á menudo, según cuenta el grave La Bruyere y ven las gentes menos graves que La Bruyere, un marido no tiene otro rival que el que se buscó por sí propio y del cual hizo presente á su media naranja. ¿Cómo defenderse de los codiciadores del fruto del cercado ajeno? Los celosos de la Edad Media fiaban mucho en lo honesto de sus amables compañeras, mas no confiaban demasiado en la honestidad de quienes podían acompañarlas. Y pues que les era muy penoso inferir á las inocentes cónyuges el agravio de crearlas capaces de inventar la partida doble amorosa, cerraron el camino á la ofensa aplicándoles el cinturón de castidad. Los hombres son prosaicos. Solo á ellos se les ocurre sustituir la moral religiosa y el poético ángel de la guarda con unas tiras de cuero y tal cual herraje...

Pasó el tiempo, y los maridos se civilizaron, con lo cual no quiere decirse que todas las casadas creyeran que el sacramento matrimonial es cosa seria. Se pensó que el cariño tenía juntamente la propiedad de hacer olvidable, primero, la ética, y el don de afirmarla después, y así, fueron á parar los infíbulos á las colecciones de chismes viejos, que aprovechan para conocer las ridiculeces de nuestros antepasados y aun las tontunas de no pocos individuos de ahora.

Pero todo vuelve. Vico nos enteró bien de ello, y, por si no bastase, un español, convencido de que la honra está donde la puso el cristianismo, refuerza la de su compañera—un poco célibe y algo casada—con un cinturón de castidad provisto de dos candados. Y como los pendientes sólo resultan bien en las orejas, la víctima de Diego Ruell, que así dicen se llama el remozador del infíbulo, se desmayó al verse con tan desacostumbrado adorno, y la justicia, que no cree en la conveniencia de convertir á las mujeres en algo á modo de una caja de caudales blindada, ha resuelto llevar á Ruellá la cárcel, con idea de que medite sobre el provecho que viene á los hombres si aplican los candados tan sólo á las puertas y ventanas de los edificios.

Alguien rebautizará al sujeto citado, otorgándole el nombre de alguno de los nobles cuadrúpedos que llamamos carnívoros, quizás porque se asemeja al hombre en muchas cosas, salvo en lo de creer que se parecen á Dios. Pero será injusticia. Las fieras suelen ser menos feroces que los humanos. Además, los seres irracionales no han inventado aún el honor, y, de inventarlo, es presumible le buscarían mas alto asiento que el que le dan los racionales.

Aparte de eso, los mortales nos complacemos en probar de cuando en cuando que el evolucionismo no nos apartó mucho, en el fondo, del gorila antropoide. No somos leones, ni tigres ni aun hienas Cinocefálos, y gracias. Por esto no es raro que hombres que ven á Dios en todas partes—y hay algunas donde no se sabe qué haría—, hombres devotos, cual Brunetiers, confiesen que no cabe duda de que tuvimos antepasados animales, y que es justo admitirlo sin vacilación ni reservas. Llevamos en la sangre algo de la brutalidad, de la carnalidad, de la ferocidad del gorila ó del orangután... No es culpa nuestra si se nos creó tan imperfectos, ni de que pudiésemos formar al hombre de una manera admirable, se le haya creada en forma tal que parece una bestezuela vanidosa.

Yo, cuando alguien llama sobre sí la atención por algo tremendamente brutal, me consuelo recordando al místico fran-

eés: «El hombre marcha, pero Dios le guía.» ¿Quién sabe si la Providencia no ha resuelto, en sus inscrutables designios, que aquello que se nos antoja maldad sea un acto preciso para la salud del alma de la víctima?... El contrasentido es el arma de todas las divinidades...

AUGUSTO DE VIVERO.

Comunicado

Sr. Director de EL DEMÓCRATA:

Muy Sr. mio: Con éstas mal trazadas líneas le acompaño el agradecimiento de todo mi ser, á la bondad que demostraria y al cariño á la justicia—proverbial en todo jefe de un rotativo, publicando las expansiones de un corazón.

En las columnas de algún periódico y en las bocas de una enorme cantidad de seres que no me conocen, se ha dibujado—aunque levemente—la casi certeza de que David Pérez, dependiente de la casa de comercio de D. José Asensio Illán, había sido el autor del robo cometido en los almacenes de tejidos de su propiedad del Sr. Illán.

La justicia, habil y perspicaz, ha puesto en este asunto toda su atencional influencia por descubrir en sus interrogatorios la páta fija de un semillero de ladrones protagonistas del robo ocurrido.

Todos han creído que David Pérez, ha sido el árbitro de un complot.

Todos han creído que mi conciencia pura, ese altísimo concepto del honor y de la honradez que me hacia pasar entre mis amigos y conocidos como una rara excepción, ha quedado maculada en esta ocasión con la blasfemia vertida por algún sabio inconsciente.

Yo, hoy ya honrado, gracias á la providencia que es la encargada de solucionar los más áridos conflictos de la vida, suplico á esas personas que calumniaron á un hombre honrado, que juzgue por los hechos.

Suplico humildemente, no que me crea, sino que me juzgue; que examine mi conducta de ayer—blanca y pura, que examine los hechos realizados, que observe la determinación de la justicia y que quede mi honra en el lugar que me merezco, en primer lugar, por honrado; en segundo lugar, por sincero; y en tercer lugar, por mártir.

Martir si; mártir de la calumnia. Martir si; mártir de la fatalidad y mas que por todo esto, por haber purgado un hombre honrado, la culpa y la pena que merece el malvado que arrastra su honra al precipicio á caza de un puñado despreciable de plata.

Quedo desde hoy, señor Director de EL DEMÓCRATA, á sus órdenes y ya sabe puede mandar incondicionalmente á su affmo. s. s. q. b. s. m.

DAVID PEREZ.

CUENTO

Tratamiento infalible

Recien desembarcado en Cuba Francisco Pelaez, o «Currito», como le llamaban en su pueblo, tuvo que ir á operaciones y la primera escaramuza con los mambises le produjo un miedo cervical...

Esto no quiere decir que, mas adelante, después de entrar en fuego media docena de veces, dejara Currito de convertirse en un valiente soldado que iba hasta donde se atreviera á ir el más guapo de su compañía.

Pero... como queda consignado, el silbido de las primeras balas que pasaron junto á sus orejas metióle el resuello en el cuerpo, y se juró hacer todo lo posible por no encontrarse de nuevo en semejantes jurasas...

A los pocos días de aquel encuentro, hallábase Currito acampado con su compañía en la vecindad de unos bohios, donde se había improvisado un hospital, y oyendo decir que andaba por allí una partida insurrecta y que probablemente saldrían á batirla, fugiose enfermo é ingresó en el hospital, quejándose al «físico» de inapetencia, escalofríos y otras maulerías de este jaez,

